

**Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección**, Ana de Miguel, Cátedra, Madrid, 2015, 351 páginas, ISBN: 978-84-376-3456-2

*“Vivimos en sociedades formalmente igualitarias y en que la mayor parte de las personas declara apoyar el valor de la igualdad”*. Con esta afirmación comienza el último libro de Ana de Miguel en el que trata de explicar cómo, pese a las conquistas en materia de igualdad de género, seguimos viviendo en un orden estructural y simbólico que condiciona nuestras vidas según seamos hombres o mujeres. Todo ello en un contexto en el que una aparente libertad de elección alimenta sin embargo la prórroga del patriarcado.

El libro se divide en tres partes. En la primera se analizan los problemas y desafíos del presente. En la segunda se realiza un recorrido por la historia y por el papel que ha tenido el feminismo como teoría, movimiento social y forma de vida. En la tercera se realizan propuestas de futuro. El punto de partida es la constatación de cómo estamos viviendo una vuelta a mecanismos que sobre todo en lo cultural y en lo simbólico siguen reproduciendo desigualdades. Una reproducción a la que contribuye especialmente el mundo de la creación, el de los medios de comunicación y el de consumo de masas. La autora analiza como el amor romántico, la violencia y la prostitución continúan siendo vehículos de una socialización diferencial. Esto provoca que, como sostiene Celia Amorós, el cuerpo de las mujeres sea el lugar donde se continúen inscribiendo los pactos patriarcales. Todo ello además en un contexto en el que las reacciones “neomachistas” contribuyen a generar confusión y en el que, en nombre de la libertad, se invisibiliza por ejemplo como la prostitución contribuye a reproducir la desigualdad sexual. De ahí la importancia de que la escuela no permanezca “ciega” ante valores como la igualdad de mujeres y hombres.

No solo los mitos del amor romántico, cada vez más asentados entre los y las jóvenes, alimentan unas relaciones desiguales, sino también una sexualidad entendida en términos patriarcales, y por lo tanto según los placeres y los intereses de los varones. La sexualidad normativa y hegemónica, que es en la que por ejemplo se educan los adolescentes a través de la pornografía, reproduce esquemas relacionales sin reciprocidad y en los que además las mujeres aparecen una vez más como objetos serviles y en muchos casos humilladas. Una escuela de desigualdad que tiene su continuidad en el negocio de la prostitución, la cual, como bien explica la autora, consolida una ideología según la cual todo varón tiene derecho a “a disfrutar a lo largo de la vida de los cuerpos de mujeres que pueda y quiera pagar”.

Tras analizar los llamados “nuevos movimientos sociales”, y los diversos enfoques teóricos desarrollados sobre ellos, el libro se centra en lo que el feminismo representa en cuanto teoría crítica de la sociedad y, por lo tanto, en cuanto movimiento que ha pretendido y pretende la subversión de los códigos culturales dominantes. El repaso de su historia evidencia como el feminismo ha luchado contra la exclusión de las mujeres del ejercicio de los derechos y, al mismo tiempo, ha pretendido convertirlas en un sujeto plenamente legitimado para definir junto al hombre, y en condiciones de igualdad, el contrato social. A pesar de los logros tras una lucha de siglos, la situación comparativa entre los sexos continúa sin experimentar cambios revolucionarios. El

sistema sexo/género continúa estableciendo binomios jerárquicos a partir del esencial público masculino/privado femenino. De ahí la importancia, ahora más que nunca, de generar redes y alianzas no solo entre colectivos de mujeres, entre feminismos de diversa índole, sino también entre mujeres y hombres, entre sociedad civil y poderes públicos, con el objetivo de que la mitad femenina forme parte del “proceso constituyente de un nuevo contrato social”.

El siguiente capítulo se dedica a reconstruir un doble proceso, el de deslegitimación de la violencia contra las mujeres y el de elaboración de un nuevo marco de interpretación de la misma. El feminismo, como bien nos recuerda Ana de Miguel, ha recorrido un largo camino hasta redefinir la violencia contra las mujeres como un problema social y político. Lo cual ha pasado, obviamente, por el reconocimiento de las mujeres como sujetos con plena autonomía. La violencia, pieza clave en la definición de la subjetividad masculina, tiene una evidente función de reforzar y reproducir el sistema de desigualdad sexual. Por lo tanto, debe ser analizada, y socialmente combatida, desde su inserción en unas relaciones de poder, es decir, desde su dimensión política.

La autora mantiene que el miedo de los hombres a las mujeres se convierte en un elemento legitimador de la dominación y de la violencia contra ellas. Nuestra cultura está llena de referencias que nos presentan a las mujeres como seres a los que hay que temer y, en consecuencia, dominar. Esta dimensión cultural y simbólica que forma parte de la construcción de la virilidad se proyecta en este presente de “contrarreforma patriarcal” en palabras de Alicia Puleo, en temor de los hombres ante la autonomía de las mujeres y, sobre todo, a perder los privilegios de los que históricamente han disfrutado. Todo ello sumado a la negación de lo femenino que siempre ha servido para definir parte de las expectativas de género a las que hemos debido responder los varones.

El futuro plantea singulares retos al feminismo, entre ellos dejar de dar vueltas de tuerca a la misma definición de su “sujeto”. La diversidad de “adjetivos” no debe hacernos perder de vista que el “nosotras, las mujeres” debe ser la referencia básica, mujeres que siguen insertas en unos sistemas de dominación que las hacen sufrir o como mínimo ser potenciales víctimas de múltiples violencias.

La conclusión final es rotunda: la llave está en la revolución feminista. Una revolución a la que hemos de incorporar a los hombres, y no solo como cómplices de la lucha por la igualdad sino también como sujetos activos de un proceso de “deconstrucción” de la masculinidad hegemónica. Este proceso nos exigirá renunciar a privilegios, compartir espacios y tiempos, así como superar el triángulo sobre el que hemos edificado nuestra virilidad: poder/violencia/negación de lo femenino. Unas exigencias más urgentes que nunca en estos momentos de rearme patriarcal y en el que todas y todos deberíamos acudir entusiasmados y militantes a la invitación con la que Ana de Miguel interpela nuestro “corazón” de demócratas: *¡Ven con nosotras!*

**Octavio Salazar Benítez**